

Marcel Proust (1)

La aparición de dos volúmenes de la obra, aun incompleta, de Marcel Proust, da ocasión a que se puedan decir algunas palabras sobre un hombre cuyo libro extraordinario, cuya originalidad indiscutible, cuya vasta significación literaria son de tal importancia que desde hace unos pocos años ha conquistado la admiración del mundo. Es un escritor que ha creado una forma nueva de análisis, de ficción y de estilo, que elude toda crítica sistemática y todo juicio sintético. Es un novelista, un memorialista, un psicólogo, un hombre de mundo, un novelista, un snob. Puede ser estudiado desde cualquiera de estos aspectos complejos y contradictorios. Su espíritu presenta los caracteres más diversos y opuestos, en una mezcla extraña, que a ratos parece revelar un verdadero genio de las letras y a ratos un pobre obseso que busca en el análisis patológico de su propio ser quién sabe qué obscura solución de un enigma insoluble. La variedad de las opiniones que sobre él son posibles autoriza la de quien, como yo, en este caso, sin tener ningún título, se cree con el derecho de expresar su pensamiento en razón del amor que le profesa. Proust pertenece a todo hombre que haya buscado alguna vez en la complejidad de su corazón la impulsión oculta que determina la realidad incoherente o lógica de un acto. Es el espejo verídico y terrible de cualquier ser humano

(1) Conferencia inaugural del Instituto popular de conferencias de Buenos Aires, abril 30 de 1926.

en una porción minúscula o grande de su propia vida. De ahí que sea tan mío, tan de vosotros, como del más sabio y fino crítico literario.

Los trece volúmenes publicados sólo encierran la narración de los episodios amorosos que tienen lugar en el interior de un alma que absorbe en sí misma el universo entero. No es una novela, no es las memorias de una vida, no es una historia de acontecimientos, no es un diario íntimo de andanzas espirituales, no es un estudio de costumbres, no es un análisis de los sentimientos reguladores de la existencia. Sus tres mil páginas compactas y largas contienen la más prodigiosa introspección que se haya realizado jamás en la literatura, al mismo tiempo que los aspectos más absurdos o más profundos de las cosas del espíritu y las relaciones más lógicas o más desconcertantes de los sentimientos con los actos de la vida.

Entrar de lleno en la lectura de Proust es una tortura crítica. Los párrafos se siguen y se confunden como los árboles en una selva inmensa e inextricable, sin dejar ver por dónde se va. Hay en su prosa cuanto cabe en el término literatura, amontonado de tal manera, tan confusamente, tan deshilvanadamente, que uno cree estar siguiendo los altibajos de una pasmosa incoherencia espiritual. Poco a poco, sin embargo, la confusión se ilumina. Frases de una construcción admirable y sutil, ideas de una precisión arrobadora por lo profunda y lo fina, descripciones de estados emotivos o de actos del espíritu en relación con las cosas, que despiertan imágenes y semejanzas íntimas de nuestra propia vida, nos dan la sensación de que no estamos en presencia de un libro absurdo sino de una obra que debe tener una alta significación original, digna de ser desentrañada. Es la faz inicial de la seducción de Proust. Quien llega a ella no lo abandona más. Quien no alcanza hasta allí, cierra el libro y hace bien. Por eso Marcel Proust, a pesar de su fama inmensa, sólo pertenece a muy pocos que lo han seguido penosamente a través de su obra abrumadora y hostil.

Los hombres vivimos viendo el mundo exterior constantemente, y, a veces, las cosas del espíritu, también. Proust invierte los va-

lores ideológicos de la realidad. Lo único fundamental, lo que llena el libro enorme, es el proceso de los sucesivos estados de alma de un ser para quien, fuera de la esfera de acción de sus sentimientos, el universo no existe.

No hay en la literatura una potencia de visión comparable al ojo interno de Marcel Proust.

Dickens vió como nadie las cosas exteriores que rodean a sus personajes. Los objetos se coloran, viven, se ponen a soñar sueños fantásticos, a medida que el hombre les presta un alma con su simple contacto espiritual. Cualquiera de sus tipos anima con un hábito de vida la materia que no tiene ser, de una manera tan maravillosa, que el novelista puede describirla en sus detalles más insignificantes, porque todo adquiere, ante sus medios mágicos de evocación, un sentido de correlación íntima con la lectura que estamos haciendo. Sus páginas parecen pinturas holandesas a lo Gerardo Dou, por lo indeciblemente precisas y luminosas. Cada cosa tiene sus contornos, sus colores, sus relieves, sus arrugas, su trama visible de materia y de forma. En su medio, un ser humano, trabajado a lo Rembrandt, les presta una significación que convierte el conjunto en una obra de arte individualizada a la perfección y no en un vulgar inventario de cosas.

Marcel Proust ve de otra manera el mundo que le rodea. Quien comience a leer Combray, el largo capítulo inicial de *Du côté de chez Swann* y tenga el valor de continuar hasta la última página del volumen décimotercero, se encuentra ante un espectáculo único. Las cosas no existen a la manera como pueden describirlas Balzac, Dickens, Flaubert o Meredith. Para Proust no viven por sí mismas sino como proyecciones de estados espirituales de una complejidad desconcertante. Están en el mundo para acompañar, a ratos, con su materialidad, las transformaciones afectivas del ser humano y nada más. Juntando todas las descripciones del libro no llegaríamos a diez páginas sobre tres mil. Esta es una de las razones de la profunda impresión que Proust ha causado, no sólo en el ámbito de los snobs sino también en mentes firmes, enemigas de admirar una novedad por la virtud exclusiva de ser nueva y

rará. *A la recherche du temps perdu* nos introduce bruscamente en el mundo de un alma que se desnuda impúdicamente, como si ella sola fuera el universo.

Proust mira lo externo como una realidad inexistente por sí misma. Su personaje, en el primer capítulo inicial del libro, no tiene edad, ni figura, ni hechos. Ha tomado el hilo de la vida en una vigilia de desvelado y lo sigue en doscientas páginas compactas y ricas, sin tener en cuenta para nada el tiempo o el espacio. Habla como un sueño coherente e incesante que se fuera traduciendo en palabras a sí mismo, por un medio mágico, de la manera mecánica que un canto fijado por la acción de sus vibraciones sonoras en la materia sensibilizada de un disco fonográfico, se expande en armonía cuando lo roza la púa que lo despierta. Si un hombre pudiera seguir el pensar y el sentir ajenos con el auxilio de un aparato que revelara en términos verbales su proceso psicológico íntimo, estaría ante ellos en la misma actitud espectacular que ante los párrafos de Proust. Una frase suya es un prisma que refleja no un estado de alma sino un proceso incesantemente inestable de sensibilidad. Uno puede escribir sobre un crepúsculo, señalando las fases del fenómeno luminoso y las ideas que evoca, pero en las páginas que van naciendo es difícil traducir la emoción específica real que produce el tinte de una nube en la suma enorme de sensaciones y estados espirituales que ha amontonado en su ser la vida, a través del prisma deformante de la personalidad. Todo el libro de Proust es un esfuerzo pertinaz por describir, en una prosa atormentada y copiosa, de técnica casi musical, esos mil procesos complejísimo de emoción minúscula o grande que hay en una rica existencia humana.

Es la razón única de su estilo inextricable e inconfundible.

Un párrafo a lo Flaubert está hecho para expresar en un molde lógico y hermoso una idea clara. Estudia las fases de un sentimiento para decirnos su evolución progresiva y coherente con el proceso de alma que quiere revelar en *Madame Bovary* o en la *Educación sentimental* o con el proceso histórico que pretende reconstruir en *Salammó*. Una frase de Proust es como un espejo puesto

en un cruce de calles, frente a una muchedumbre que pasa. Cada ser reflejado es una cosa diversa, a pesar de que la luna los contiene sucesiva y simultáneamente a todos en su simple superficie plana. Uno a uno, aislados, los hombres, llevan su diferente carga individual. En su conjunto complejo, sin embargo, forman la muchedumbre. Igual son las palabras de su libro. Ninguna de ellas, sola, es importante en la frase. Se necesitan muchas para expresar cuanto quiere su autor poner entre dos puntos. Por eso la cláusula es tortuosa, alambicada, llena de incidencias, esquivada, agujerada de paréntesis, cargada de circunloquios, alargada en flecos, construida, casi siempre, como para obligar a nuevas lecturas. Es el espejo por donde se esfuerza en pasar de golpe, como en el encuentro ocasional de los hombres en un cruce de calles, la muchedumbre inasible y veloz de cosas que hay, en realidad, en cada estado de alma engendrado por la complejidad de la vida.

Un pintor o un escultor hacen entrar años de trabajo en la síntesis material instantánea, para la visión de un espectador, de un cuadro o de una estatua. La Gioconda, la Venus de Milo, caben en la mirada fugaz de un burgués que pasa. Un escritor o un músico, en cambio, necesitan hacer su síntesis en la ininterrumpida sucesión de palabras y notas que son el elemento sensible de su idea. Cuando yo contemplo un cuadro, sus miles de pinceladas superpuestas y yuxtapuestas se me representan fundidas en una imagen única. Ante ella puedo hacer cuantos análisis quiera, para estudiar su armonía o su técnica. Con un libro o un soneto mi sistema es diferente. Debo ir leyendo palabra por palabra, idea tras idea, para llegar penosamente a una síntesis que no está sólo en la obra sino en mi cerebro también.

En la mayoría de los escritores los términos son los medios adecuados que se emplean para expresar, en cierto espacio, un motivo central que es la esencia de su tema literario. Cada frase es como una piedra independiente en la fábrica de una catedral. En Proust no. Pues no le es dado proceder como el pintor imita su técnica en las incidencias de una cláusula. Donde aquél, valiéndose de centenares de toques de pincel, da en el espacio de unos po-

cos centímetros la expresión inmaterial de un alma en un retrato, Proust, que sólo dispone de palabras que no pueden superponerse ni juntarse a la manera de los colores, necesita hacer que toda el alma de su protagonista esté presente al mismo tiempo, en su inexpresable complejidad, en todas las frases esenciales del libro. En las primeras doscientas páginas caben las aventuras de los muchos volúmenes posteriores. No hay una idea que no se glose o no aparezca después en cualquier largo episodio de la novela. Sea que el adolescente dirija sus pasos al lado de Swann o del lado de Guermantes, los dos únicos horizontes de su residencia en Combray, las cosas del camino, llenas de extrañas sugerencias para su espíritu de niño, van diciendo anticipadamente al lector, de un modo asombroso, cuál será el porvenir del hombre.

El estilo de Proust es una consecuencia de su manera de ver. Cada individuo, ante las cosas, reacciona diversamente. Para uno son trozos inmóviles y mudos de materia. Para otro compañeras afectuosas de la sensibilidad. Para Proust no existen sino cuando están en comunión con un estado emocional de la vida. En él los sentimientos, los deseos del espíritu hacen que las cosas sean apenas proyecciones de su propio ser. Swann ama a Odette porque oyó la sonata de Vinteuil y porque se parece a un fresco de la capilla Sixtina. En el segundo tomo de *La prisonnière*, cuando el protagonista siente en un concierto las notas de la frase musical de esa sonata estupenda, que llena el libro entero, la vibración melódica provoca en su sensibilidad tan enorme cantidad de asociaciones, que uno queda estupefacto ante su transcripción verbal. En toda la obra es lo mismo. Los sentidos de Proust no están hechos para percibir el mundo exterior, en forma de simples imágenes, sino para despertar en el mundo extraordinario de su prodigiosa vida interior estados sucesivos, en los que se encadenan inextricablemente el pasado, el presente, el porvenir, todos los sueños, todos los recuerdos, todas las fantasías, toda la flora maravillosa de su cerebración subconsciente. Su estilo es así un esfuerzo terrible para traducir, a la manera de una anotación musical, la vida entera del alma en palabras.

Dice en una frase incidental de su primer volumen que no consideraba una cosa como un espectáculo, pues creía en ella como si fuera un ser sin equivalente. La razón es que no ve nada, jamás, de una manera aislada. Según nos confiesa, « cuando miraba un objeto exterior, la conciencia de que lo veía quedaba entre él y yo, lo bordeaba de un tenue ribete espiritual que me impedía siempre tocar su materia, pues ésta se volatilizaba de algún modo, antes de que me pusiese en contacto con ella, como un cuerpo incandescente que se aproxima a un objeto mojado nunca toca su humedad porque se hace preceder siempre de una zona de evaporación ». La frase revela la esencia misma de su aptitud sensible en presencia de los espectáculos del universo material.

El libro entero nos muestra que su procedimiento normal de visión consiste en rodear las cosas de un halón previamente creado por su extraordinaria sensibilidad. Ver, para él, es un fenómeno objetivo desprovisto de la más mínima significación. Antes de estar en presencia de una porción cualquiera del ambiente físico, necesita imaginarla. Una vez imaginada, una vez que ha puesto en movimiento su estupenda facultad creadora de visiones ilusorias, el espectáculo de la cosa misma carece de valor. A la promesa paterna de un viaje construye en el acto un conjunto de anticipaciones cerebrales de lo que ha de ver en Balbec, Parma, Florencia y Venecia. Las ciudades presentidas por su deseo se convierten durante una hora en figuras humanizadas, en realidades concretas. Las ve, las vive, las agota de tal manera, que su pobre cuerpo se rinde y sobreviene la enfermedad que impide el viaje.

La página asombrosa en que describe, al final del segundo volumen de *Du côté de chez Swann*, el Bois de Boulogne, antes de que llegue a él la madre de Gilberta, es un retrato moral insuperable de un alma. El bosque se puebla de golpe, como un mundo que nace. La flora, el cielo, la tierra, el lago, los vehículos, los seres, se revisten de una fantasía de prodigio. Años más tarde vuelve al paseo sabiendo de antemano que madame Swann

no estará. Entonces las encinas « parecían proclamar el vacío inhumano de la selva desafectada y me ayudaban a comprender mejor la contradicción que hay en buscar en la realidad los cuadros contenidos en la memoria, a los cuales faltará siempre el encanto que les viene de la memoria misma y del hecho de no ser percibidos por los sentidos... Los lugares que hemos conocido no pertenecen sólo al mundo del espacio en que los situamos, por mayor comodidad. No eran más que una tenue separación en medio de impresiones contiguas que formaban nuestra vida en ese momento. El recuerdo de una imagen dada no es sino la añoranza de un instante dado. Las casas, las rutas, las avenidas son ¡ ay ! fugitivas como los años ».

Tal es la totalidad de la vida objetiva de Proust, que, en verdad, no existe en absoluto, en las inmensas páginas del libro. Vivir es sólo imaginar la vida.

Los actos aparecen revestidos de una fatalidad primordial. Ama a Gilberta, sin conocerla, porque un día sabe que la niña habla con Bergotte, su autor favorito. Todo el futuro de sus relaciones deriva de la frase ocasional en que Swann le revela esas conversaciones. Cuando la familia lo hace ir, en una convalecencia, a los Campos Eliseos, el paseo resulta insoportable. La razón que nos da es sencilla. « Si por acaso Bergotte, dice, los hubiese descrito en uno de sus libros, sin duda yo hubiera deseado conocerlos, como sucedía con todas las cosas de las cuales se había comenzado por poner un « doble » en mi imaginación. Esta los inflamaba, los hacía vivir, les daba una personalidad y yo, entonces, quería hallarlos en la realidad. Pero en este jardín público nada se vinculaba a mis sueños. »

Semejante manera de ver, que excluye la realidad aparental del universo sensible, como la de Don Quijote durante su existencia aventurera, se crea a sí misma otro universo independiente del contralor de los sentidos. Quien ve las cosas solamente de afuera no ve nada, dice Proust. Por eso el libro entero no es sino un esfuerzo enorme, el mayor que haya hecho un escritor quizá, para hurgar en las entrañas más íntimas del ser. Una vez aden-

tro, las cosas dejan de ser cosas para transfundirse en la prodigiosa y mórbida complejidad de sí mismo. Para que existan tiene él que crearlas. Creadas, ya no importa que existan en la realidad porque han adquirido el único atributo que les da valor emocional, esto es, la fantasía que las rodea y las viste, como si fueran seres humanos, de luz y de ensueño.

Hay tantos mundos exteriores como hombres que los perciben. Dos no pueden superponerse posiblemente jamás, porque no coinciden sus órbitas ni sus contenidos. La mayor parte de los seres construyen su universo con imágenes del pasado y del presente que se incrustan en las cosas. Muy pocos viven proyectando hacia ellas imágenes de un futuro inexistente. Proust en este sentido es único. Basta que presienta el pasar de una cosa o el acontecer de un hecho por su cerebro o por su sensibilidad, para que en el acto las facultades creadoras de su espíritu se pongan en tensión. Una criptamnesia maravillosa, una acuidad formidable de análisis, crean alrededor de esa simple materialidad presentida, un mundo que es, para él, tan consistente como la compacta realidad objetiva del diamante. Toda otra realidad desaparece. De ahí que el libro no contenga nada que no sea la obsesión presente en el espíritu en el momento de escribir. Pareciera que el protagonista no vive sino sintiendo y desmenuzando luego la trama sutil del sentir. Lo demás es íntegramente vano. No tiene edad, ni ideas políticas, ni fe religiosa, ni tendencias sociales, ni preferencias estéticas, ni realiza actos, ni le acontecen hechos de cuanto es corriente en la vida de un hombre en el seno de la sociedad. Su mismo nombre es desconocido. Una sola vez se lo llama Marcel, como a Proust y otra Proust mismo indica, como suposición, que pueda llamarse Marcel.

El libro quiebra los moldes clásicos de lo que es una novela. Fuera de la descripción de un amor de Swann y del medio abominable en que actúa el barón de Charlus, no tiene más argumento que las ideas y sentimientos que pasan por la vida del protagonista, con motivo de sus relaciones afectivas con Gilberta, con la duquesa de Guermautes y con Albertina, desarrolladas

en el ambiente social que va de los salones sucesivos de los Verdurin a las mansiones aristocráticas del faubourg Saint-Germain. Para eso el autor emplea, desde la primera a la última línea publicadas, 3050 páginas en 13 volúmenes. En un texto apretado, de cortos márgenes, van sucediéndose las cosas de su universo en un soliloquio sin fin. Es una fuente espiritual que mana inexhausta y enorme.

Los capítulos son indeciblemente largos. Combray necesita 164 páginas para narrar lo que pasa por Proust en el insomnio de una noche. *Un amour de Swann* emplea 177 para decir el proceso de deseo, de celos y de indiferencia de las relaciones con Odette. Unos cuantos episodios del amor de niño de Proust por Gilberta se desarrollan en 226. Un veraneo en Balbec, donde nace el germen del amor por Albertina, cabe apenas en 283. Para comprender simbólicamente la significación de Oriana es menester un tomo entero. Dos recepciones en los salones de ambas Guermantes, de una escritura asombrosa, que bastarían para hacer de Proust un gran escritor, ocupan 230 páginas. Las incidencias de las relaciones homosexuales de los dos grandes grupos de Sodoma y de Gomorra, enlazadas al amor y a los celos que el alma misteriosa de Albertina despierta en Proust, llenan 477. Dos tomos de *La Prisonnière* alcanzan a medias para decirnos las angustias celosas del hombre que encierra en su propia casa a la mujer amada, para arrancarla del peligro de los amores femeninos que la atraen. En las 426 páginas finales de los dos últimos volúmenes aparecidos hasta hoy, el dolor producido por la muerte de Albertina, por los celos póstumos y luego el olvido que sigue, casi encuentran insuficiente el vasto espacio para decirnos cuántas cosas profundamente humanas pasaron en unos días por el alma compleja y extraordinaria de este ser sin igual.

Son cifras, por lo grandes, que parecen el texto de un diccionario enciclopédico. Pero encierran la más prodigiosa disociación de sentimientos de toda especie que un hombre haya realizado jamás en ninguna literatura. El sentimiento, que en Proust, como en la

totalidad de los seres humanos, es la razón determinante de la mayoría de los actos, adquiere en el libro el carácter de una realidad objetiva, tan firme, tan hondo, tan imparcial es el análisis feroz que lleva a cabo en el seno de su propia alma y en el alma femenina del barón de Charlus. Ante las páginas que pasan, llenas de ideas, de sugerencias, de atisbos, de cosas diversas encadenadas por la memoria subconsciente a través del tiempo, uno cree estar en presencia de un mundo incoherente y absurdo, que carece de toda conexión lógica con los cánones sociales y literarios consagrados. Poco a poco, sin embargo, comienza a alborear el horizonte, hasta que el universo entero de un alma aparece a nuestra vista en una luz plena. Entonces se ve que las tres mil páginas no son muchas. Es aquello una selva tupida e inmensa, en la que cada árbol, cada liana, cada brizna de hierba son, al mismo tiempo, cosas individuales y partículas del todo. Proust sabe que ni uno solo de sus sentimientos no está ligado de una manera indisoluble a los actos, las ideas, la afectividad de su vida entera. Por eso, para describirlos, necesita reconstruirlos, yendo, en cada vez, del presente hacia el pasado y viniendo humildemente luego del pasado hacia un presente que ya ha dejado de existir como tal, en la fatalidad del tiempo inexorable que pasa.

Buscar en lo hondo del ser, en los abismos insondables de lo que fué, el tiempo perdido, y hacerlo revivir con la frialdad de un sabio que sigue en las retortas de su laboratorio los procesos de transformación cuantitativa y cualitativa de la materia, es una tarea que espanta. La inmensa ilusión, la piadosa Maya, que ciega casi siempre nuestros ojos, para que no veamos en su desnudez terrible la realidad que son los actos del espíritu, no fué jamás la compañera de Proust. Se hundió en su alma como en un alma ajena. Tuvo la impasibilidad y la imparcialidad de un juez absoluto y lejano de sí mismo. Linneo cuando formuló su clasificación vegetal no fué más indiferente que él cuando realizaba la paradójal contradicción de vivir atenaceado por los celos en la reconstrucción despiadada de los estados afectivos y racionales que los forjaban.

Su protagonista sólo vive en sí y de sí. Nada más que aparentemente obra al azar de sus relaciones con los demás seres. La tragedia y la comedia que es su vida tienen como explicación única su indiferencia para cuanto no sea un fenómeno emocional de su yo extraordinario. No hay más universo que el que él cubre con su visión interior. La realidad existe cuando es un aspecto de su personalidad creadora. Si por un instante se retrae, volviéndose a la contemplación de otro aspecto, esa realidad ficticia desaparece en el acto, como una nube que se pierde en la nada azul del cielo. Sus amistades, sus preferencias, sus celos, son tan exclusivamente egoístas, que él jamás ve en los hombres y en las cosas nada más que proyecciones de su absorbente sensibilidad.

Por eso casi nunca generaliza. Aunque las veces en que lo hace acierta de una manera admirable y profunda, pues no en vano vivió en los salones del gran mundo francés, fijando en los seres la terrible lente escrutadora de su espíritu, que es un fenómeno asombroso de visión. Siempre el libro se refiere a él, aun cuando busca con una saña implacable la trama espiritual del alma de Charlus. Como sabe que no todos los hombres son así, no estudia al hombre, al modo de un moralista clásico, sino a Proust. Está ante sí mismo como en presencia de una proyección objetiva de su propio ser en el tiempo y en el espacio. Si en algunas ocasiones se acuerda de que ha vivido en el seno social, recogiendo experiencias y formulando juicios que tienen el valor de una síntesis, los traduce rápidamente en palabras y se hunde de nuevo en su abismo para mirarse y remirarse con los ojos más implacables y certeros.

Puesto a reconstruir los procesos afectivos que transcurren en lo profundo de su extraña sensibilidad, ve lo que nadie en el universo ha visto hasta ahora. La sonda enorme que Saint Simon lanzó al mar de su época para explorar el misterio de los corazones y de los actos, Proust la ha hundido en lo más recóndito de su propia alma, no para revelar la razón oculta de los grandes sentimientos que forman la trama trágica de una

vida a lo Shakespeare o Balzac, sino para explicar la esencia compleja de las pasiones y emociones más humildes, que llenan el vivir burgués de un hombre que no ruge, que no mata, pues se limita a sentir intensamente en la frivolidad cotidiana de la existencia. De ello resulta que cualquiera sea el juicio que merezca a un lector la obra proustiana, es indudable que es el primero y seguramente será el último hombre de letras capaz de hacer la estupenda y enfermiza introspección despiadada de un alma que es *A la recherche du temps perdu*.

El mundo de Proust es extraño, fantástico. Desde las líneas iniciales aparece como razón central la inutilidad de la inteligencia en la dirección de la vida. El hombre no obra por lo que piensa sino por lo que siente. El amor, las amistades, los celos, el olvido, vienen de las profundidades misteriosas del alma. Se apoderan o se alejan del hombre al azar de una fatalidad que es el temperamento, la impulsión sexual, la tensión nerviosa, la aptitud para vivir en medio de la ilusión o en los abismos de la lujuria. El destino no es lo que acontece. Radica en una posibilidad latente que existe en el ser, haciéndole seguir la vía dolorosa que conduce siempre a la comprobación de que cien amores diversos no son sino un amor inicial que se transforma. Ante esa evidencia la razón es una facultad inútil. Ve, observa, medita, atormenta, pero no vence jamás. Más fuerte que ella es el deseo de posesión exclusiva del ser amado en su cuerpo, en sus ideas, en sus sentimientos, en la totalidad del espíritu. Como ese apoderamiento pleno es imposible estalla el conflicto entre la inteligencia y el ansia de dominar. El individuo, entonces, se deja arrastrar a actos inconcebibles, porque no puede oponer la fuerza reguladora de la mente a la necesidad de satisfacer impulsos que muerden, como monstruos implacables, la vida afectiva entera de su corazón y el hambre erótica de la carne.

En el amor que llena, a través de mujeres diferentes, la trama del libro, el egoísmo sensual es la suprema razón de los actos. Como para Proust es inexistente cualquier realidad que no sea ilusoria, la actividad espiritual está constantemente sometida

a la absorción del amor presente. Está por separarse de Albertina cuando comprueba, por una palabra casual, que conoce a una mujer cuyo contacto él teme. En el acto, en vez de huir de lo abominable, une su vida a ella. Su pasado va a ser, en adelante, una obsesión terrible. La razón le dice cuánto horror es concebible. Sabe que no es dueño de Albertina, ni aún encerrándola entre cuatro paredes. Nada importa. El amor nacerá, precisamente, de la aspiración a conquistar lo inaccesible que hay en todo ser humano. « Yo podía, dice, poner a Albertina sobre mis rodillas, tener su cabeza en mis manos, acariciarla, pasar largamente mis manos sobre ella, pero, lo mismo que si jugara con una piedra que encierra la sal de los océanos inmemoriales o el rayo de un astro, yo sentía que tocaba solamente la envoltura hermética de un ser que se comunicaba interiormente con el infinito. »

Este egoísmo sensual exacerbado determina sus actos. Ama a Albertina menos por amarla que para que no sea de nadie. « Mi placer de tener a Albertina en mi casa para siempre, era menos un placer positivo que el de haber arrancado del mundo, donde cada uno podía gustarla a su vez, la doncella en flor. Ya que no me producía una gran alegría, privaba siquiera de ella a los demás. » En otra parte agrega: « Sería necesario elegir entre cesar de sufrir o cesar de amar. Así como en sus comienzos el amor está formado por el deseo, más tarde sólo es mantenido por la ansiedad dolorosa. Yo sabía que se me escapaba una parte de la vida de Albertina. El amor, en la ansiedad dolorosa, como en el deseo feliz, es la exigencia de un todo. No nace, no subsiste sino cuando queda una parte por conquistar. Sólo se ama lo que no se posee por entero. »

De ahí los abismos morales que una frase ilumina a cada momento. Proust los contempla frío, impassible, implacable, vengándose quizá de los tormentos del tiempo perdido. Toma una a una las fibras del corazón en los menores actos afectivos de la existencia y se pone a reconstruir la esencia de lo que fué y la profunda razón oculta que lo movió. Se soterra en sí mismo con

una acuidad de análisis que espanta. Uno creería que su destino fué nacer para vivir asomándose cada vez más hondo al misterio inmenso que es el alma del hombre.

La vida de su héroe está vivida al azar de los seres y de las cosas. Ignoramos de él cuanto no sea amar en la ansiedad dolorosa del eterno sufrir. La naturaleza, en este libro inmenso de tamaño y de significación, es inexistente para lo que no sea reviviscencia de un estado afectivo o de un recuerdo. Las figuras humanas pasan por las páginas como muñecos o como monstruos. Exceptuando a la abuela y a la admirable Francisca, las demás son una parte del azar indiscernible que es la vida. Llenan los salones de los Verdurin y los Guermantes o los antros nefandos donde tienen lugar los amores inconfesables del barón de Charlus o de mademoiselle de Vinteuil. Si alguno cruza un instante junto a un desco intelectual o afectivo de Proust, en el acto el universo parece reducirse a él. Con la misma rapidez lo abandona, tan pronto como dejó de estar revestido de la prodigiosa vestimenta de significación que el autor le dió. La duquesa Oriana, que comienza por ser la síntesis de lo más grande, lo más noble, lo más bello, lo más puro, lo más perfecto que pueda ser concedido por la fantasía, de repente se desploma de su trono como un muñeco cuyos resortes se quiebran. Es que toda la materia de la tierra y del infinito cósmico sólo existen como decoración de la vida de Proust.

Un ser, una cosa, una acción, no son nada mientras no penetran en una de las proyecciones afectivas de su vida. En el instante en que siente, cuanto existe en el mundo desaparece o se pone a acompañar su sentimiento, baldío de toda significación esencial. También el hombre en general es así, aunque no se llame Proust. El mérito de Proust consiste en haber escrito un libro enorme para exhibir el subjetivismo de la vida en el absoluto impudor objetivo de una obra de arte. Jamás nos engaña vistiéndose con el disfraz de las mentiras convencionales. Todos sentimos más o menos de esa manera, salvo cuando hacemos literatura o filosofía. El se nos muestra permanentemente así, cuando ama, cuando desea, cuando sufre, cuando piensa, cuando escribe. A cada momento su pen-

samiento, en estado emocional, traduce la inexistencia independiente de la naturaleza. La primera vez que quiere besar a Albertina su deseo nos revela la intensidad exclusiva de su ser interior, superior al mundo. « La vista del cuello desnudo de Albertina, dice, de sus mejillas muy rosadas, me había dado tal embriaguez, es decir, había puesto, para mí, la realidad del mundo no ya en la naturaleza sino en el torrente de sensaciones que a duras penas contenía, que esa visión rompió el equilibrio entre la vida inmensa, indestructible que bullía en mi ser y la vida del universo, tan mezquina al lado de ella. El mar, que veía en la ventana al lado del valle, los senos combos de los primeros acantilados de Maineville, el cielo a cuyo cenit no había subido aún la luna, todo me parecía más fácil de llevar, que si fueran plumas, en los globos de mis pupilas que yo sentía dilatados entre mis párpados, resistentes, prontos para levantar sobre su delicada superficie los mayores pesos, todas las montañas del mundo. Su órbita no se sentía suficientemente excedida por la esfera misma del horizonte. Cuanto la naturaleza pudiera aportarme en forma de vida me hubiera parecido insignificante, hasta los soplos del mar me hubiesen parecido demasiado limitados para la inmensa aspiración que alzaba mi pecho. Me incliné a Albertina para abrazarla. Si en ese instante la muerte se hubiera presentado para llevarme, el hecho me hubiera parecido indiferente o más bien imposible, pues la vida no estaba fuera de mí sino en mí. Habría sonreído de piedad si un filósofo emitiera la idea de que un día remoto tendría que morir, que me sobrevivirían las fuerzas eternas de la naturaleza, las fuerzas de esta naturaleza bajo cuyos pies divinos yo no era más que un grano de polvo, que después de mí todavía existirían los acantilados redondos y combos, la mar, el claro de luna, el cielo. ¿Cómo hubiera sido eso posible, cómo podría el mundo durar más que yo, puesto que no era yo quien estaba diluido en él sino él que estaba encerrado en mí, en mí a quien ni de lejos podía aspirar a llenar, en mí donde había tanto espacio para amontonar cien tesoros más, que yo tenía el derecho de arrojar desdeñosamente en un pobre rincón los acantilados y el mar! »

La grandeza y la pequeñez del libro de Proust nacen de este subjetivismo estupendo. Por querer hacer un análisis prodigioso de sus sentimientos ha descuidado la plenitud armoniosa de su alma. Ha sido como un hombre dotado de una vista vencedora de las tinieblas, a quien le es dado bajar un día a una caverna llena de tesoros. Por dejarse seducir por los fuegos de unas cuantas joyas engarzadas en una materia maravillosa y única por un artífice de genio, no ha tenido ojos para ver la divina riqueza que estaba yaciendo al lado de ellas. Ha estado mirando el mundo de su espíritu, años y años, por el tragaluz minúsculo de su terrible sensibilidad disociadora y disolvente. En tres mil páginas no ha logrado decirnos sino unas pocas ideas insignificantes de su manera de pensar y de sentir sobre los fenómenos de la vida y del alma, que no sean simples incidencias de sus amores. Era un temperamento extraordinario de músico, que en vez de escribir en el pentagrama las voces misteriosas e inexpresables del ser, ha compuesto musicalmente un libro sin igual. Era un artista sutil que ha trasladado a la escritura lo que pintaron Ver Meer y Elstir en sus telas, cuando pretendieron reproducir la luz que baña y deforma las cosas de la naturaleza y las expresiones del alma. Era un ojo inquietante a quien no escapó jamás uno solo de los gestos interiores de un hombre, como lo demuestran las páginas asombrosas en que aparecen los salones de Verdurin o Guermantes, llenos de personajes que se desnudan de todos los ropajes sociales y de toda mentira aparental, para mostrarse a nosotros como una figura de Velázquez que transparenta una miseria moral en la mueca inmovilizada de una apostura. Era un sabio dotado de la mayor potencia clarividente de análisis que haya existido. Fué, en todo sentido, un caso extraño y desconcertante de escritor y de hombre.

Por eso al principio no quiso ser nada. Durante años y años perdió el tiempo en los salones y en la persecución de sensaciones fantásticas. Un día intentó recuperarlo. Pensó que era tarde para volcar en un libro la enormidad del material recogido en el vaivén permanente de sentimientos y de ideas en que vivió su

dolorosa juventud afectiva. Eligió, entonces, un solo aspecto de su ser. Forzó a su memoria maravillosa a evocar los estados emotivos de la vida. Puso frente a esas imágenes casi intactas del pasado cuanta enseñanza había cosechado en la misteriosa conducta de los hombres cuyas almas había desnudado la terrible criptestesia de su visión. Se despojó de vanidad, de prejuicio, de deseo de aparecer como un héroe de teatro a sus propios ojos, de cualquier disfraz convencional, por tenue que fuera. Así surgió la obra de arte, grande, espesa, excesiva, caótica, áspera, uniforme, porque en el ansia afebrada de reconstruir el tiempo perdido, aquel espíritu genial no contó con el tiempo necesario para proceder de otra manera.

Su idea central de que «el hombre es el ser que no puede salir de sí mismo, que no conoce a los demás sino en sí, y que, cuando dice lo contrario miente», lo llevó al abuso indecible del análisis. Cuando Proust se puso a escribir sabía ya que la muerte lo acechaba. Estaba en sus pobres bronquios de asmático atormentando sus pocas horas venideras. ¿Podría llegar, siquiera a la cuarta parte, a la mitad, a las tres cuartas, al penúltimo capítulo, a la página final de un libro cuya profunda originalidad, no esbozada jamás por otro hombre, presentía en la fiebre de la creación? Se encerró aislado del mundo, puso sobre sus carnes el cilicio de la enorme aspiración literaria, para castigar, como un asceta, la inutilidad del tiempo perdido, reconstruyéndolo. Diría a la humanidad con palabras nunca oídas una confesión inaudita. Pero como la muerte golpeaba con sus nudillos en las paredes de corcho de su habitación, cada día con más fuerza, tomó su vida a pedazos, fragmentariamente, en el frenesí de llegar al final, haciendo que las evocaciones fueran naciendo una de otra, como surgen los acontecimientos en la vida, no en el orden que la razón impone sino en la plena libertad aparente del azar de las incidencias de ocasión.

Es la falla grave de su libro. Casi al mismo tiempo lo vemos haciendo un análisis maravilloso o empeñado en seguir el curso de una idea o sensación de una manera que subleva por lo baldía

y por lo inútil. Es como si un hombre se pusiera a leer la *Divina comedia* y luego, como consecuencia de la trágica muerte de Ugolino, se pusiera a escribir una nota de cincuenta páginas sobre los efectos morales de una buena digestión. Proust a cada instante se pone así a cortar cabellos en cuatro. Uno se siente herido, pues cree ser víctima de una burla despiadada de un fumista profesional. La razón consiste en que no ha podido aplicar a la obra su admirable sentido crítico. Quien lo lee por arriba en una primera lectura, tropieza a cada paso con cosas hijas de un mal gusto pasmoso. Tiene unas cuantas escenas de un erotismo brutal. Tiene alardes de erudición heráldica o etimológica que deslustran innecesariamente diez páginas anteriores de una perfección absoluta. Tiene capítulos enteros en los que se pone a describir, con una complacencia de odio, como los antiguos moralistas cristianos, los abismos de la lujuria homosexual en cuyas tinieblas viven, como monstruos arrojados del mundo, los amigos del barón de Charlus y las amigas de Albertina. Tiene el defecto capital de la desproporción, como si su cerebro poseyera dos ojos que vieran simultáneamente, uno que agranda las cosas hasta convertirlas en moles inmensas, otro que deforma y achica hasta reducir la naturaleza entera a un pequeño invernáculo de atmósfera cálida y espesa, en cuya penumbra viven únicamente plantas y bichos, deformes y absurdos. Tiene al mismo momento y en páginas vecinas la pesadez de una prosa pedantesca y hostil y la gracia pura más admirable que sea dado concebir en esa materia perfecta de la expresión humana, que es la lengua francesa. Tiene frases confusas en las que uno nunca llega a desentrañar el sentido preciso y párrafos de una limpidez cristalina de fuente que mana una poesía preciosa y sutil.

Su falla esencial consiste en haber carecido de un ideal regulador de la vida. A pesar de que siempre quiso ponerse a escribir, desde que era un niño y asentaba su impresión de los campanarios lejanos, su existencia transcurrió en los salones y en las aventuras amorosas con mujeres que, por sus relaciones viciosas o sus actos frívolos o ambiguos, lo sometieron constantemente a la tortura de

la ansiedad dolorosa que es el sufrir de amor. Mas la ambición literaria vencida no murió. Mientras vive en el tormento de los celos de Albertina, casi al final de la época en que ya era un hombre hecho, siente en *La Prisonnière* un llamado interior « que yo no dejaría en adelante de oír, como la promesa y la prueba de que había otra cosa, realizable sin duda por el arte, que la nada que había encontrado en todos los placeres y en el amor mismo y ese llamado significaba que si mi vida me parecía tan baldía, por lo menos aun no había llevado a cabo todas sus posibilidades. »

Esa impulsión interna, de haber aparecido antes, hubiera hecho de Proust un escritor elegante y fino, como en su viejo libro *Les plaisirs et les jours*, pero no habría dado al mundo la obra asombrosa que nació de su soledad moral en la terrible agonía física de su vida. La salvación fué, después del tiempo perdido, el tiempo reencontrado, cuya historia aun no conocemos, por no haberse publicado el último tomo de su enorme evocación espiritual.

Proust encontró el ideal en el triste declinar del cuerpo. Saturado de experiencias, habiendo conocido todos los aspectos del gran mundo y probado todas las gamas de su morbosa aptitud de amar, entró en la plena madurez de su talento con el ansia de crear un género literario nuevo. Por eso no se enroló en ninguna escuela ni fué el discípulo de nadie. En vez de un manifiesto nos dió una obra. Careció de horas libres para inventar una teoría. Hombre de salón, hastiado de la vanidad y del placer, convencido de su próxima muerte, se dió al trabajo con la convicción absoluta de que era la única manera de revivir en la plenitud armoniosa del espíritu la anterior vaciedad de la vida. Quiso desnudarse ante el mundo, decir a la humanidad cómo su sensibilidad enfermiza, a fuerza de transformar patológicamente un sentimiento en otro, no le había impedido ver con una acuidad maravillosa de artista y de sabio, fundidos en un solo ser, la realidad desconcertante y compleja del vivir social. Templó acerdamente la voluntad y a pesar de las dolencias, del tiempo perdido, de la cercanía fatal del fin, compuso en la cama dolorosa que aco-

gía su cuerpo deshecho, el inacabable manuscrito que aun no conocemos en su integridad.

Su vida parece haber transcurrido entre fantasmas y sueños. El mismo nos dice: « Mi destino sólo fué perseguir fantasmas, seres cuya realidad, en gran parte, estaba en mi imaginación. Hay seres en efecto, como fué mi caso desde la juventud, para quienes cuanto tiene un valor fijo, comprobable por otros, la fortuna, el éxito, las altas situaciones, no significan nada. Lo que necesitan son fantasmas. A éstos sacrifican todo lo demás, valiéndose de cualquier medio, haciendo que todo sirva para hallar determinado fantasma. Y como éste no tarda en desvanecerse se corre atrás de otro, sin perjuicio de volver en seguida al primero. » Respecto al mundo de los sueños, Proust es la mayor potencia de análisis, superior a la misma escuela de Freud, que se conozca. En ellos vive, ama, sufre, olvida, vence y muere. Tiene páginas sobre los sueños que son asombrosas. De ahí que su prosa, cuando nos habla del dormir de Albertina en *La prisonnière*, que compara al reposo de una planta, sea de una belleza perfecta. Su cerebro en ese instante único en que el cuerpo amado, los pensamientos de la mujer, los sentimientos de su alma viciosa, descansan a su lado en la nada absoluta del sueño, siente acallarse los tormentos del desmesurado afán de poseer lo inaccesible. Por primera vez los celos angustiosos del hombre no temen de nadie. Las frases se hacen cortas, sonoras, cristalinas, inefables. Sólo él, que jamás duerme del todo, que siempre vive en medio de los fantasmas de la imaginación, que no puede amar sino lo que será misteriosamente inaccesible en el alma ajena, puede saber la inmensa satisfacción que tiene en su vida atormentada el sueño animal y puro de Albertina, en ese momento totalmente suya.

Proust no ha sido un escritor sino un destino que se realiza en la última llamada del ser. Se lo puede encontrar malo, bueno, excelente, genial, según el aspecto que se contemple de su extraña complejidad. Todas las opiniones son justificadas porque tiene cien facetas como un prisma enorme. Es profundo y superficial, aristocrático y chabacano, generoso y mezquino, soberbio y humilde.

formidable y pequeño, poeta y pedante, paquidérmico y sutil. Tiene un ojo de una criptestesia diabólica para hurgar el alma de los muñecos de salón y de los hombres-mujer y carece del más elemental sentido crítico para juzgar de la desproporción y pesadez de la propia obra. Dice de unas cosas la palabra esencial, que es como un chorro de luz que horada el misterio del ser, y es, en cambio, opaco como un carbón ante otras más triviales que se muestran a cualquiera que sepa mirarlas un segundo. Mas ¿qué importa todo eso? Un crítico que quisiera destruir la inmensa repercusión universal del libro, de proceder con honestidad y justicia y no con un juicio *ex cathedra*, encontraría corta la vida entera para demostrar que Proust no ha escrito una de las obras capitales del espíritu humano.

Lo es en absoluto. Está llena de cosas profundas, de bellezas supremas, de nobles ternuras, de abismos de horror, de claridades de aurora. Nació rebelde a todo canon para contener un alto y puro designio. Ningún otro género literario hubiera ofrecido a la ambición de Proust la libertad de no tener que limitarse. Eligió la forma de una novela sin argumento, sin peripecias, sin ordenación lógica, sin principio ni fin. Era la expresión perfecta de la línea ondulante que es el ensueño. Semeja el camino de herradura que se sigue en la ladera selvática de un cerro. Los cuatro puntos cardinales están a cada trecho ante los ojos. Aquí un agua estancada bullente de fiebre, allá un torrente en que retumban los cantos rodados, de un lado la tiniebla de una espesura hostil, del otro una amplitud de horizonte abierto como un infinito que el espíritu contempla estupefacto y glorioso. Así es este libro. Su escritura va por los riscos del hombre. Desde sus páginas, como en la senda boscosa, se ven los contrastes más grandes. No sigue otro orden que el de un pensamiento que va atrás del vaivén incoherente de los recuerdos para hacerlos revivir en la plenitud de su evocación. A ratos asusta, asombra, repugna, encanta o hace concentrar la atención del lector en la persecución de una idea que surge de una página inmensa e imprevista como una catedral gótica de la chatura circunstante de un caserío. Es variado, tornadizo, absur-

do, frívolo y sublime como la vida. Ha querido resumir en palabras, a la manera de una sinfonía, el pasar inasible por el tiempo de esa cosa casi sobrenatural que es el ser humano. Jamás nadie concibió un designio mayor.

Cuando los años pasen y se pueda hacer el inventario espiritual del universo proustiano, entonces será dado alcanzar la significación de esta obra. Entonces se verá la universalidad de su contenido. Proust vió desde niño que los sentimientos nos engañan de tal manera, a pesar de ser nuestra única realidad, que vamos eternamente en su persecución sin darnos cuenta de que sólo conducen, en las horas de la reflexión o de la vejez, a un inmenso escepticismo decrepito y vacío. Se dejó llevar humanamente por ellos, sin embargo. Fué una presa dolorosa de la invencible decepción. Tuvo la amargura de comprobar que la razón era impotente para vencer al terrible egoísmo sensual de dominación, que es la esencia de la vida. Mas a medida que los días aportaban nuevas evidencias de que en el fondo de todo sentimiento sólo hay la mentira de una ilusión precaria, su memoria milagrosa reconstruía otras horas y otros actos a la luz de un análisis atómico y certero y Proust llegaba a la convicción de que la forma de recuperar el tiempo inexorablemente ido era revivirlo en las páginas de un libro que contuviera la verdad de que la subconciencia afectiva es la única fuente de donde mana toda la vida del ser. Lo escribió y murió. Su destino estaba cumplido.

Proust es tan vasto, tan complejo, tan contradictorio, que no permite otro comentario que la lectura total. Quien lea su obra adquiere un tesoro que enriquece indeciblemente el espíritu. Describe vicios inmundos y sentimientos patológicos a punto tal, que un crítico francés dijo de su libro que era el soliloquio informe y trivial de un neurasténico, pero todo ello transfunde en el lector un horror tan fuerte que reviste la significación de un viejo moralista cristiano que pinta el vicio con la crudeza de la verdad para hacerlo odiar.

No fué ese su propósito, pues si hay obra desprovista de metafísica, de finalismo utilitario, de consolación ejemplar, es la suya.

Mas sin quererlo, por la sola virtud del genio, trasciende más allá de lo que fué su ideal inmediato.

Fué un escritor que sólo quiso vivir en un estado de somnolencia para ir extrayendo del recuerdo los restos decaídos de las emociones profundas y de los sentimientos secundarios que habían llenado su existencia amorosa. Se empeñó en reconstruir lo inasible de las impresiones fugitivas que despiertan las horas al pasar por el alma en el torbellino desconcertante que es la vida espiritual. Realizándolo, levantó con materiales tan precarios uno de los mayores monumentos literarios del mundo. Su fama ha salido hace años de Francia y se extiende, cada vez más amplia, por naciones dueñas, como Inglaterra, de literaturas exclusivas y abundantes. Se traduce penosamente la prosa rebelde y revesada de sus trece volúmenes a los idiomas principales de Europa. Se comentan sus ideas y su método en estudios realizados por los mayores jueces críticos. Se imita su manera y su arte. De ello resulta que en cuatro cortos años el nombre más universalmente difundido en los círculos de la cultura superior del espíritu sea el de este pobre neurasténico, que tuvo el valor, tal vez no poseído por muchos de sus sanos denigradores, de encerrar su asma en una celda de asceta, para ponerse a escribir, en la larga fiebre de la creación, la obra enorme que acabaría gloriosamente con la vida que el destino die-
ra a su cuerpo doloroso y miserable.

JUAN P. RAMOS.